



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 297 – 17 de octubre de 2017

En este número

Te ofrecemos

1. Esto solo se arregla aplicando la Ley, *Emilio Álvarez Frías*
2. Revista de Comisario, *Manuel Parra Celaya*
3. Catalanes no independentistas, *José M^a García de Tuñón Aza*
4. Al despertar, la realidad seguía allí, *Fernando de Haro*
5. Cataluña, de Benoist y Bandieri, *Alberto Buela*
6. ¡Hay España!, *Ángel Pérez Guerra*
7. Tallem les carreteres, *José López*
8. A tal señor, tal honor, *Sertorio*
9. «Una Europa en la que podemos creer», *ReL*

I

Esto solo se arregla aplicando la ley

Emilio Álvarez Frías

El órdago separatista de Puigdemont, presionado o no por sus amigos de gobierno, lo está manteniendo, como cabía esperar, por encima de la sangre fría del otro contendiente en la partida, el señor Rajoy. Pero, tal como está la cuestión, el señor Rajoy tarda demasiado en levantar la sesión dando una patada a la mesa y sacando el revolver para poner de manifiesto los tejemanejes del truhan que tiene enfrente. El indecible Puigdemont tiene todas las cartas marcadas lo que se ve a simple vista, y no podrá extender sobre la mesa las cinco que componen su mano pues ello supondría confesar que ha sido capaz de juntar cinco ases, lo que es técnicamente imposible. Por ello, el señor Rajoy no ha de aguantar más en tomar las medidas necesarias para despejar el salón de tahúres, entregando al Sheriff a los taimados jugadores, y restableciendo la paz y el orden lo más rápidamente posible.

Ya lo hemos comentado en varias ocasiones: todo se ha retrasado demasiado, no se tomaron a tiempo las medidas necesarias para hacer cumplir las leyes y las sentencias de los tribunales, y con esa desidia, o chalanceo con los separatistas para conseguir intereses políticos en determinados momentos, se ha llegado demasiado lejos, se han dado bazas innecesarias a los separatistas, estos las han aprovechado al máximo, se han engallado, continuamente han ido chantajeando al Gobierno –de unos y otros– sin que este tuviera la fuerza moral necesaria para cortar, y todo ello ha desembocado en la situación actual.



En la decisión final se había dado un plazo en dos fases: hasta el lunes 16, y hasta el jueves 19. Con el tiempo justo, el señor Puigdemont, con la chulería habitual, ha enviado al Gobierno una carta desafiándole a seguir sus condiciones para llegar a un acuerdo, que no es otro que la República Catalana. Era lo

esperado. Por ello no se debería esperar al día 19. Al menos en los movimientos que haya que tomar, pues la situación será la misma ese día.

No espere más, señor Rajoy, que estamos cansados de tanta dilación en tomar las medidas adecuadas.

En estos últimos compases del verano tardío que nos viene acompañando, espantado por los incendios que dañan tan profundamente a Galicia y a Portugal, como es costumbre salgo a pasear por mi ciudad. Y lo hago hoy acompañado de un botijo portugués en homenaje al país hermano que viene soportando considerables incendios últimamente.

2

Revista de comisario

Manuel Parra Celaya

Es arriesgado esto de escribir siempre con carácter de provisionalidad, sin saber si la noticia que esperamos saltará dentro de unas horas o unos minutos, y dejará *fuera de juego* tus palabras: uno de los rasgos del buen periodismo, sea de información o de opinión, es su actualidad; pero no están los tiempos para ensayos... Ya volveremos a ellos cuando a los catalanes, y a los españoles en general, se nos conceda una tregua en este confuso panorama.

Cuando pongo mano a la pluma, el paisaje aparece, más o menos, de la siguiente forma: Puigdemont está emplazado a responder al gobierno de España si ha proclamado o no la separación de Cataluña, en ese intencionadamente embarullado *asumo*, pero *pido que aún no se*



aplique; la rabieta de las bases de la CUP y de su propia coalición se ha producido al mismo tiempo que los diputados autonómicos de ambas formaciones sellaban un documento *político* (se entiende que no *institucional*) declarando sin ambages la secesión; PSOE y Ciudadanos apoyan a Rajoy en los preliminares de la aplicación del artículo 155, a cambio de que, en el plazo de seis meses, se emprendan los trabajos para una reforma constitucional...

¿Me olvido de algo? Sí, de una sociedad catalana fragmentada y escindida en dos bandos de momento irreconciliables; una calma tensa, que se puede cortar con un cuchillo, se respira en este momento en que preparo estas líneas, y, sea cual sea el desenlace, una de las dos quedará frustrada por mucho tiempo. Y el resto de la sociedad española, ya despertada de su sopor de muchos años, aguarda con igual expectación, sino el desenlace, por lo menos saber a qué atenerse.

Y en este saber a qué atenerse entran cosas tan serias como la confianza o el rechazo de unos políticos, de un gobierno y casi de un Régimen entero. Y cosas tan graves como la supervivencia de España o su fractura, causada por las insidias, por inutilidades... o por complicidades. De fondo, las repercusiones de este largo culebrón en las economías productiva y financiera.

Las masas están prestas a tomar de nuevo las calles, pacíficamente o no, sumergidas en un clima de *violencia moral* a la que nunca nos acabaremos de acostumbrar los catalanes no nacionalistas. Las instituciones sopesan –me imagino que es así– este estado de ánimo colectivo, y sus representantes –esto con toda seguridad– están moviendo las piezas en el borroso tablero de ajedrez en que se ha convertido la política española.

Apunta un nunca seguro *frente constitucional* (prefiero no llamarlo *nacional*) y, ante él, un nítido semeje de un nuevo *frente popular*, en su sentido histórico, con alianza contra natura de populismos de extrema izquierda y de separatismos de toda laya y región, a los que hacen tímido coro otros *populismos y de separatismos* europeos, copartícipes en la ceremonia de la dispersión y de la desunión, tanto de España como de Europa. Las recientes palabras de Jean Claude Juncker, con su *no me gusta*, expresan tímidamente esta desazón en todo el marco de la Unión Europea.

De algún modo, toda Europa contiene también la respiración por el *caso español*; la caja de Pandora de los *identitarismos e irredentismos* está entreabierta, y está sobre el tablero mucho más que un nuevo pronunciamiento de los separatistas catalanes, similar a los de Macià y de Companys en el pasado.

Ante esta situación, no caben medias tintas, ni enjuagues ni supuestas *ingenuidades*; mucho menos, las vestiduras y banderas blancas, el *sí, pero...* o el ansia de *diálogos* a calzón quitado. Debe asegurarse la unidad de España sin más dilaciones, que es tanto como apuntalar la unidad de Europa. Y, para ello, deben ponerse en juego todos los medios coercitivos y curativos de un Estado moderno, ya que no se han sabido o querido aplicar en su momento los preventivos.

Han de aplicarse las medidas que proporcionen una pronta salida al rompecabezas, siempre con la convicción de que se tratará de un remedio terapéutico a corto plazo, porque la solución solo vendrá dada, paulatina pero firmemente, con la construcción de una política que priorice los conceptos de integridad, de indivisibilidad y de unidad, sin titubeos, de la comunidad histórica llamada España y de esa otra comunidad esperanzadora llamada Europa.

3

Catalanes no independentistas

José M^a García de Tuñón Aza

Recientemente Juan Manuel de Prada, publicaba en el diario *ABC*, un artículo en el que se hacía eco de unas declaraciones que había hecho la catalana Isabel Coixet Castillo, al periodista Antonio Gárate. Según esta catalana, dos individuos, mejor dos bárbaros, dos cafres, que portaban, cada uno de ellos, la bandera estelada, la había llamado *fascista* porque se había declarado «contraria a la independencia de Cataluña, o más exactamente de las añagazas empleada por los separatistas para conseguirla».

Aunque en alguna otra ocasión he citado los nombres de muchos catalanes, que destacaron en el mundo de las letras, de las ciencias, del deporte, etc., y que declararon su españolidad, no está de más volver a recordar a muchos de ellos, no de esta época como el dramaturgo Albert Boadella quien declaró hace poco que lo que está pasado ahora es «un goteo de odio a España durante 35 años, dos generaciones que se han educado en el odio», sino de años anteriores.

Ya el catalán Eugeni d'Ors, figura de la crítica de arte española, escribió: «¡Señor, haz que en todo el vivir espiritual y en todo el vivir social –y aun concretamente en el vivir político– lo articulado venza a lo amorfo, el verbo al grito, la vértebra a la gelatina! ¡Permite que, por fin, las figuras se masas!»). También podemos encontrar al ilustre novelista en idioma catalán Xavier Benguerel; al escritor Josep Marías Espiñas que destacó por sus novelas en catalán; Sebastián J. Arbó que destacó en el uso de los dos idiomas, catalán y castellano; Martí de Riquer i Morera, miembro que fue de la Real Academia de la Lengua Española; Josep Verges i Matas uno de los creadores



Ana María Matute

del «Premio Nadal»; Josep María Espinás i Massip que destacó por sus novelas en catalán y en 1958 obtuvo el Premio Víctor Catalá y en 1961 fue galardonado con el Premio Sant Jordi de Novela; Ana María Matute miembro de la Real Academia de La Lengua Española y ganadora de los premios «Nadal» y «Planeta»; Josep M. Gironella ganador del «Nadal»; Agustí Duran i Sanpere que hasta 1957 dirigió el Instituto de Historia de Barcelona y que fue presidente de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona y miembro del Instituto de Estudios Catalanes y de la Real Academia de Bellas Artes de Sant Jordi; Guillermo Díaz-Plaja miembro de la Real Academia de la Lengua Española que dirigió el Instituto del Teatro de Barcelona y el Instituto Nacional del Libro Español; el poeta y autor teatral Eduardo Marquina, quien, por ejemplo, estrenó en Montevideo su drama en verso *En Flandes se ha puesto el sol* cuya obra llevaba la siguiente dedicatoria: «A la memoria de todos los muertos generosos que lejos de la patria España tienen sepulcros de frío y de olvido».

En el campo del deporte, por poner sólo unos pocos ejemplos, podemos destacar al ciclista Miguel Poblet, primer español que en la historia del Tour de Francia se enfundó el maillot de líder; Montserrat Tresserras que se convirtió en la primera nadadora que cruzó a nado el Estrecho de Gibraltar y después el Canal de la Mancha; el boxeador Luis Romero que contribuyó, si cabe, a fortalecer el prestigio de Cataluña en materia pugilística; Joaquín Blume, campeón de Europa de Gimnasia y considerado como la figura más importante que ha dado el deporte catalán.

No deportistas, que hicieron mucho por el deporte, dentro y fuera de España, fueron, en primer lugar, Juan Antonio Samaranch, que siendo vicepresidente del Comité Olímpico Internacional, organización en la que había ingresado en 1966, fue nombrado embajador de la Unión Soviética y una de las primeras cosas que hizo fue la colocación de la Virgen de Montserrat en una iglesia de Moscú. A la muerte de Franco declaró: «Considero que la figura y la obra del Caudillo quedarán en la historia como las de uno de los jefes de Estado más importantes del siglo xx. Su intervención en España durante 39 años ha significado prosperidad y la paz más larga que ha conocido nuestro país desde hace siglos». En segundo lugar, citaremos al gerundense Juan Gich Bech, que fue delegado nacional de Educación Física y Deportes, máximo cargo directivo del deporte español.

Ahora, cuando finalizo de escribir estas líneas, todavía no se ha cumplido el plazo que el Gobierno de España ha dado al independentista catalán Puigdemont. La inmensa mayoría de los españoles, esperamos que su respuesta sea conforme a lo que pedimos esa mayoría. De lo contrario sería una grave equivocación porque ningún Estado puede permitir que una parte de su territorio no cumpla con la legalidad vigente.

4

Al despertar, la realidad seguía allí

Fernando de Haro (Páginas Digital)

Cuando despertó, cuando despertaron, la realidad seguía allí. El problema es si la realidad es el dinosaurio del cuento de Augusto Monterroso o un animal menos amenazador y frustrante. Imaginemos lo que supone tener en frente un diplodocus de 30 metros de longitud, la amenaza que conlleva si queremos sentirnos mínimamente libres.

Bastantes catalanes, el pasado martes, al comprobar que no se proclamaba de forma clara y rotunda la secesión, sintieron que el diplodocus seguía allí. Algunos que trabajan en el campo se llevaron esa tarde la radio como compañera, otros cerraron antes la empresa, todos conectados al móvil. La independencia no fue declarada, pero sí suspendida por el presidente de la Generalitat. Frustración y rabia.

La realidad seguía allí. 540 empresas han cambiado de domicilio porque no quieren estar donde no hay seguridad jurídica. Cataluña se ha quedado sin grandes bancos, el gran destino turístico

que es Barcelona ha visto caer de forma drástica sus reservas. La gran burguesía que «hizo el país» y que tan ambigua había sido durante tanto tiempo pedía echar el freno. El presidente del Consejo Europeo, Donald Tusk, reclamaba que se respetase el orden constitucional. Horas más tarde el presidente de la Comisión Europea, Jean Claude Juncker, dejaba claro, una vez más, que



no quería una Cataluña independiente, porque no quería una Europa de 98 Estados. Porque –Juncker no lo dijo explícitamente, pero todos los sabemos– la construcción europea ha sido, con todas sus limitaciones, el esfuerzo más inteligente que se haya hecho nunca para superar ese espejismo que es el nacionalismo, el que llevó a millones de jóvenes a alistarse en varias guerras como si fueran al paraíso, el que luego los dejó muertos, mutilados de alma y cuerpo en el fondo de las más oscuras trincheras.

¿Por qué esos vientos del nacionalismo vuelven a soplar con fuerza en Europa? La carta de la CUP, la formación anticapitalista en la que se apoya la Generalitat, pidiendo ya la república catalana permite entender el proceso. Está en juego, decía la misiva, la posibilidad de ser feliz. «Seguiremos –afirmaban– sin apoyos de mercados y estados, seguiremos sin grandes riquezas naturales y sin poderes económicos que nos den apoyo, pero lo haremos con la gente y con sus esperanzas y con toda su dignidad».

Es necesario autodeterminarse de la realidad, de esta España y de esta Europa, de sus mercados y de sus estados, para que la esperanza se cumpla. Este es el problema de fondo. Como relata el libro de los Jueces, a la muerte de Josué, vino una generación que no conocía la obra de la liberación de Egipto y la travesía del desierto. Ha muerto Josué y a buena parte de la nueva generación europea no se la ha educado en una tradición viva que sustente la democracia, esa tradición que daba el coraje para admitir las imperfecciones y en la que se funda la democracia. Su lugar lo ha ocupado una ideología liberal, a veces socialdemócrata, que lo llena todo con estados y mercados, con burocracias y con administraciones impersonales, con intereses convertidos en los únicos motores de la historia. Una ideología en la que no cabe el protagonismo personal. Todo tiende a estar invadido por un voluntarismo asfixiante y sin horizonte en lo personal, y por una pasividad cínica y rencorosa en lo público. La realidad es un gran diplotocus, una fuente de frustración, si no existe la experiencia de una construcción concreta (en la carrera profesional, en el servicio público, en las empresas, en el voluntariado) que dé cauce a la intensidad realista del deseo. Sin esa experiencia en la que la realidad aparece limitada, sí, pero también rica, poblada de rostros que ensanchan la vida, de cambios posibles, de diálogos, llena de una fecundidad paciente que hace amar el instante; sin eso, por fuerza, es necesario matar al dinosaurio. Y asociar la dignidad a un análisis moralista y al sueño sin prenda de lo que vendrá.

Falta el respeto a la ley y al Estado, sí. Pero la crisis ha desvelado que falta la percepción de que la realidad, tal cual es, no te toma el pelo. La voluntad de independencia a cualquier precio y el nacionalismo surgen por un uso de la razón que no reconoce positividad alguna en lo real. Hay, por eso, que escapar. Hacia un mundo en el que no estén los otros. No se responderá al desafío, en toda su profundidad, con banderas de diferente color o con invocaciones a una historia que para muchos es una pieza de museo, un pretexto para la dialéctica. No se reconoce de forma mecánica que estar con los otros, convivir con la diferencia, abrirse a lo universal a través de las circunstancias y de la historia en la que uno ha venido al mundo sea algo positivo. Durante demasiado hemos dado por descontado ese pilar de la democracia. Ahora está claro que es necesaria una educación. No solo una educación en el patriotismo constitucional, en la adquisición de más datos o en más empatía sino una educación personal y social que nos vincule

a todos más con lo que tenemos entre manos. Que nos haga reconocer y experimentar que eso tan concreto no es una condena sino una promesa.

5

Cataluña, de Benoist y Bandieri

Alberto Buela

En esta vocación de escribir regularmente sobre los acontecimientos que se suceden casi a diario siempre se corre el riesgo de abrir la boca antes de tiempo. Y esto es lo que les sucedió a mis dos amigos Luis María Bandieri y a Alain de Benoist.

A propósito de lo que ocurre en Cataluña, Luis María escribió un artículo estupendo, como todo lo suyo, sobre la relación entre legalidad y legitimidad. Y Alain realizó un reportaje sobre el mismo tema, y siguiendo a Carl Schmitt, realizó la misma distinción.



Luis María Bandieri

La conclusión de Bandieri fue sobria, terminó con una pregunta ¿hacia postespaña?, en tanto que la del agudo de Benoist sostiene que el pueblo es el que legitima y apoya a los independentistas.

Claro está, tanto uno como otro escribieron antes del último domingo en donde se realizó en Barcelona una manifestación de un millón de personas en contra de la independencia.

Es decir, opinaron antes que el gobierno de España sumara a la legalidad (la Constitución

del 78), la legitimidad que el pueblo le otorgó saliendo masivamente a las calles a manifestar en contra de la independencia catalana.

Es sabido que *el poder (potestas)* tiene dos fuentes la legal y la legítima, por una se constituye y por la otra se convalida ante el súbdito, el pueblo. Pero eso no basta para lograr la obediencia, para tener imperio. Se necesita, además, *autoridad (auctoritas)*, y esta se funda en el saber.

En todo caso en España, el gobierno cuenta a su favor con la legalidad y con la legitimidad (el millón de manifestantes = *ratione supremitatis*) pero carece de autoridad, y es por ello que no logra tener imperio sobre sus súbditos.

Nada bueno se puede esperar de un gobierno que no sabe como actuar, de un gobierno sin *auctoritas*.

Y en este sentido conviene recordar las palabras de Javier Esparza en un último artículo: no se puede esperar nada bueno de la respuesta que está preparando el gobierno de Rajoy.

6

¡Hay España!

Ángel Pérez Guerra

Hay naciones en la Historia que se empecinan en vivir. Otras duran poco, fagocitadas generalmente por las primeras, no siempre con el auxilio de los cañones, sino de la fortaleza vital, de las ciudadelas del espíritu. Son naciones que renacen, unas veces en el campo de batalla pero casi siempre en guerras silenciosas, serenas, como gestaciones lentas y esperanzadas. Durante el tiempo de silencio que supone su retención en los hogares, una especie de retiro forzoso bajo el peso de las circunstancias adversas o para proteger a la criatura que se forma, parece que la nación no está. Hasta que llegan los dolores de parto, y la amenaza de una represión demasiado larga, que dé al traste con el nasciturus por falta de oxígeno, abre

para él los caminos de la manifestación pública a la vida exterior. «Ve la luz», decimos los que, aparentemente, habitamos en ella. Pero en realidad, es él, merced a su madre, quien nos hace ver la luz.

España ha salido varias veces a las calles, a los aires, a los mares, en estos últimos días. Una España desconocida, hasta el presente misteriosa, como apocada y triste, mohína y pacata, moribunda, catatónica, ha renacido. Ha rebuscado en cajones y tiendas el rojo y el gualda de su alma adormecida y ha vuelto, como alguien dijo en Barcelona, para quedarse. Sí, es la Constitución, es la democracia y es la libertad. Pero antes y por encima de todo eso, es mucho más: es un despertar inofensivo para todo aquél que no pretenda dañar los sueños de los españoles. Es la mil veces renacida ilusión con los pies en la tierra íntegra que nos legaron nuestros padres. Es el fruto de un esfuerzo regado con la sangre de mil héroes como el que hace unas horas ha dado su vida, delante de su mujer y su hijo pequeño, en los campos sembrados de su patria tras surcar el cielo de la capital donde se resumen los pueblos de la geografía nacional.

Que nadie me tilde de retórico. Si lo hace, no llevará razón, a no ser que la retórica sea aquélla de los clásicos que estudiaban nuestros mayores en los libros donde Cataluña era una parte entrañable de España. Porque aquí, queridos lectores, está la piedra angular del edificio del futuro. No en reformar la Constitución, que tal vez también, sino en cumplirla sin traicionar a su fuente primordial: el derecho de los españoles a seguir teniendo una Nación. Pero eso hay que mamarlo desde colegial, y aún antes, como se aprende a hablar en la lengua materna en la que escribo y se me lee. Sin una educación unitaria, reunificada, nacional, que huya de los complejos igual que de la ampulosidad, España, amigos míos, no tiene remedio. El 155, que debió haberse empezado a aplicar, gradualmente, la primera vez que las autoridades catalanas pronunciaron la palabra «soberanía», es sólo un parche. ¿Reformar la Constitución? ¿Para que donde pone «La Nación española se constituye en un Estado...» ponga «El Estado español está constituido por» no sé cuántas naciones? Vamos, Pedro, vamos Mariano, que estáis desbordados y se nota demasiado.



Educación, mucha educación, y ya. Todo esto se empezó a venir abajo cuando se desmoronó la educación moral de los españoles. No es casualidad que uno de los parlamentarios catalanes que defendían ya el 6 de septiembre el «sí pero no así» citase como ejemplo prototípico de derechos previos a cualquier otra emancipación el de la mujer a abortar. Era como presentar la destrucción de la vida cimentando cualquier otro derecho. Y eso no es de 1983, sino de hace poco más de un mes, cuando el cohete amenazador de nuestra convivencia despegaba de Cabo Parlament.

Pero para corregir cuarenta años de odio a España predicado e inculcado desde las guarderías hasta las facultades catalanas hacen falta varias generaciones. ¿Será el 155 el instrumento adecuado? ¿Lo será la reforma constitucional sanchesca? En cualquier caso, lo que hemos visto estos días en balcones, ventanas, pulseras, coches, plazas y sobre todo vías barcelonesas y madrileñas, así como de cualquier rincón de nuestro país nos dice muy a las claras que estamos pasando del vientre al mundo, del «¡Ay de España!» al «¡Hay España!».

Ni un feixista a Catalunya. Yendo en tren, no preocupan los energúmenos tractorizados del no pasarán con que acaso topen los que van en coche o autobús. No parece arriesgado ir a Barcelona. Lo es salir de casa a las 5:45 para llegar a Atocha de paquete en la moto de Ignacio. Nada más llegar a la estación encontramos a Tomás, de polo azul y colores de España, al que espera un amigo; traen ambos intención, como nosotros, de comer allí calçots. Varios trenes con gente, muy mayoritariamente joven, cuya parafernalia hace temer abrigue el mismo propósito gastronómico. La Aurora de rosados dedos, que decía el abuelo Homero, tiente el horizonte llegando a Zaragoza, en cuya estación escucho los primeros vivaspañas.

Intentando dormir pienso en el viejo camarada de Barcelona, compañero de oficio, catalán de generaciones por todos los costados, y en su familia, que tan poco bien lo están pasando. En lo menguado que es el esfuerzo de colocar una banderita en mi balcón y el heroísmo que supone lo hagan ellos. En lo poco que vale nuestra visita de hoy y el coraje que les supone mantener la dignidad. En que tal día que ayer fue Lepanto y en que de Barcelona salieron las galeras de Don Juan de Austria. En el infante de Marina Cervantes Saavedra y en su ponderado criterio de que esa ciudad es archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades: Ramón.

Y pienso en Ferruz, el cachorro cenetista de camisa azul que me enseñó los secretillos políticos de su ciudad de los prodigios a mis dieciocho. Hoy, que no estará, como hubiera querido, espero nos mire desde los cielos de la mano de la Virgen de la Mercé, patrona, sin duda, de los sindicalistas. Espero que la Mercé le haya negociado un buen convenio.

Llegando a Lérida me hacen noticia de que los de Doncel que partieron de Madrid en bus están en destino. Se ve que, si es que han salido a la faina, los tractoristas tallavías no han madrugado.

He quedado con viejos camaradas, a los que encuentro nada más llegar a Barcelona. Donde estamos estacionan dos autobuses de navarros, se les nota de la Navarra rural, alguno chapelgorri. Aquéllos, sedientos de calor y comprensión, lacerados de soledad, se emocionan al ver llegar a estos, les abrazan, les dan la bienvenida. Su emoción se contagia.

Como los cevalluts la han sustituido por la estelada, la vieja señora de Aragón, la más antigua de sus reinos, la que lucían en el lomo los peces del Mare Nostrum, se ha convertido en señal de España. ¡Y cuánto me gusta!

Entre el gentío consigo llegar a Urquinaona. La alegría de esta gente que, por una vez, se puede manifestar en libertad, es contagiosa.

Detecto en mis amigos catalanes una simpatía entre los afines a unas u otras tendencias políticas que en Madrid no se da. El patriotismo prevalece sobre las querencias.

En viajes a Levante, Siria, Líbano, Jordania, advertí parecida sintonía entre cristianos de distintos ritos, comprensible por ser minoría, por su postergación social, que la necesidad de cobijo fomenta el ecumenismo. Y en Cataluña se vive algo parecido: importa menos ser falangista o de Ciudadanos, pepero, carlistón o hasta sociata. Importa ser español. Envidia.

Dos circunspectos caballeros, con aire de sobrinos nietos de don Alejandro Lerroux, pasean con banderas tricolores que alguna poco informada supone rumanas. Su caritativa acompañante le aclara el divertido equivoco.



Qué bien se acompaña «¡Puigdemont a prisión!» con la música de los tambores de los veteranos de la Legión.

Esto es muy superior a las manifestaciones de Madrid, es el patriotismo reprimido que revienta en alegría. Aquí nadie hace bulto: están volcados. Universitarios hartos, obreros de la periferia endomingados, ejecutivos casual, viejitos, jóvenes, una señora a la que imagino inmigrante extremeña, que lleva tantos años callada, limpiando la oficina los señoritos mandamás, que hoy se desata en gritos.

Dicen dos viejos cachondos: els espanyols hem sortit de l'armari. Y asevera otro, con cierta tristeza: esto es como el 2 de mayo, y arrebató de pasión española; hay que temer que acabe en Fernando VII.

Stop blocking spanish in the school. Manda huevos tener que trabajarse una pancarta para pedir esto.

Los bomberos fornidos, los que indujeron y controlaron las barricadas de neumáticos ardiendo, los que iban a comerse con patatas a la Guardia Civil, brillaban por su ausencia. Teniendo los madrileños fama de guasones, no les van aquí a la zaga: «-¿Dónde están los bomberos?, ¿los bomberos dónde están?, ¿dónde están los bomberos?», se oye.



Muchas banderas estrelladas de las que adornaban los balcones de los de la seva han desaparecido, pero queda alguna, que concita las iras de los manifestantes: «¡Esa bandera no nos representa!», «¡Esa estelada aquí no pinta nada!», repentiza el poeta callejero.

Entre los manifestantes, un muchacho espigado, taciturno, alza en su acompañada soledad un libro. Seguro que es estudiante de utroque, pero, por la expresividad de su gesto, podría serlo de arte dramático. Es el Código Penal.

En la esquina de un edificio hay un cartel blanco con el lema que quiere cerrar en falso la herida: «parlem!». La gente se encrespa: «no volem parlar!, ¡Puigdemont a prisión!»

Sociología de campo. En mis aledaños, un no sé si amigo o conocido de mis amigos comenta el dolor de la ruptura que la insania separatista ha provocado en la sociedad catalana. El otro, con mueca de pesar, le dice, como en confidencia: «-a mí me ha costado el matrimonio». Hasta aquí ha llegado la marea. Unas filas adelante, un cartel con dos banderas, española y catalana, enlazadas, y una frase: «divorci, mal negoci». Casualidad.

Al regreso, dejando la estación de Sants, todavía se oyen gritos de vivacataluña viscaespanya, conozco las infames declaraciones de Rajoy: «-consentiré la Declaración de Independencia si es sólo retórica». Traición. Traición a muestra gente, traición a Cataluña, traición a España. No volem parlar, volem Justicia.

Humor no falta. Recibo un mensaje: «-esto no se puede parar, el domingo 15, todos pa'Gibraltar».

Leo que medios separatistas subrayan la presencia entre los manifestantes de personas llegadas desde otros lugares del Estado. Bien. Yo entre ellas, en mi derecho. Madrid es de los catalanes, como Cataluña es mía. Y cuantifican. Hasta 185 autobuses, refuerzos en el AVE, coches particulares. Hago cálculos, cuantifico yo también, y me sale el número de la Anábasis, unos diez mil: una gotita de agua en el mar de Barcelona.

En estas páginas virtuales y volanderas hemos ironizado a menudo sobre el mutismo y la pasividad de la monarquía frente a las hordas separatistas. Sin embargo, hoy tenemos que reconocer el innegable mérito de Felipe VI, el acierto de haberse atrevido a dar aquel discurso del 3 de octubre que forzó a las muy remolonas instancias del Estado a ejercer esa autoridad que tanto les quema en los dedos. Su discurso no fue gran cosa, resultó más bien tibio y confuso, pero al menos se emitió y puso en evidencia la inacción de unos y la felonía de otros. Si ahora se da un resurgimiento de la patria española, se debe a que del rey abajo, con la excepción de la casta, todos hemos reaccionado con una firmeza encomiable frente a la traición de los separatistas.

Cierto es que, por puro afán de permanencia, la monarquía sabe que difícilmente puede sobrevivir a la quiebra de la unidad histórica de España que se representa en la Corona; con la independencia de Cataluña, el trono habría quedado deslegitimado ante los españoles. Tras años de soportar encerronas, desplantes y pitadas con un irritante exceso de paciencia, Felipe VI supo asumir su papel de símbolo de una España como él humillada y ofendida por las hordas separatistas.

Está claro que los españoles somos patriotas a la desesperada. Cuando el enemigo parece a punto de darnos el tiro de gracia, nos rebelamos contra toda lógica y lo fulminamos. Así pasó con Napoleón y así ha pasado también con los histriones del parlamento catalán. El rey, como el pueblo al que representa, parece actuar de la misma manera.



Estos hechos tan lamentables de octubre han retratado a la casta política y a sus principales monigotes: Puigdemont, Junqueras, Iglesias, Sánchez, Iceta, Rajoy..., todos posaron y no han salido muy bien, precisamente. Su Majestad debería tomar nota. También convendría que analizara

que medidas sectarias como la Memoria Histórica cimentan las justificaciones del independentismo y son el principal recurso ideológico de las argumentaciones de los traidores de la extrema izquierda separatista y de sus adláteres del resto de la nación española. Mientras la Memoria Histórica siga vigente, la unidad del Estado y la continuidad de la monarquía están amenazadas.

Esperemos que Felipe VI continúe dando tan buenos ejemplos a los españoles y haga uso de sus altas funciones para impedir que la inminente reforma de la difunta Constitución de 1978 no sea una rendición ante el separatismo.

Igual que no nos hemos mordido la lengua a la hora de condenar su afán de ser el rey de los rojos o el haber arrancado la cruz de San Andrés de su guión, hoy hemos de darle las gracias por ser la primera autoridad del Estado que se alzó para quebrar la traición de los separatistas.

Por eso hoy podemos decir para nuestro propio asombro y con un innegable matiz de autocrítica: ¡Viva el rey! Y, sobre todo, ¡Viva España!

“

En mis viajes por el inabarcable imperio español he quedado admirado de como los españoles tratan a los **indios**, como a semejantes, incluso formando **familias mestizas** y creando para ellas **hospitales y universidades**, he conocido alcaldes y obispos indígenas y hasta militares, lo que redundo en la paz social, bienestar y felicidad general que ya quisiéramos para nosotros en los territorios que, con tanto esfuerzo, les vamos arrebatando.

Sus señorías deberían considerar la política de despoblación y exterminio ya que a todas luces la fe y la inteligencia española están construyendo, no como nosotros un imperio de muerte, sino una **sociedad civilizada**. España es la sabia Grecia, la imperial Roma, Inglaterra el corsario turco.”



Erasmus Darwin
(1731-1802)

*Miembro de la Royal Society
Abuelo de Charles Darwin*

9

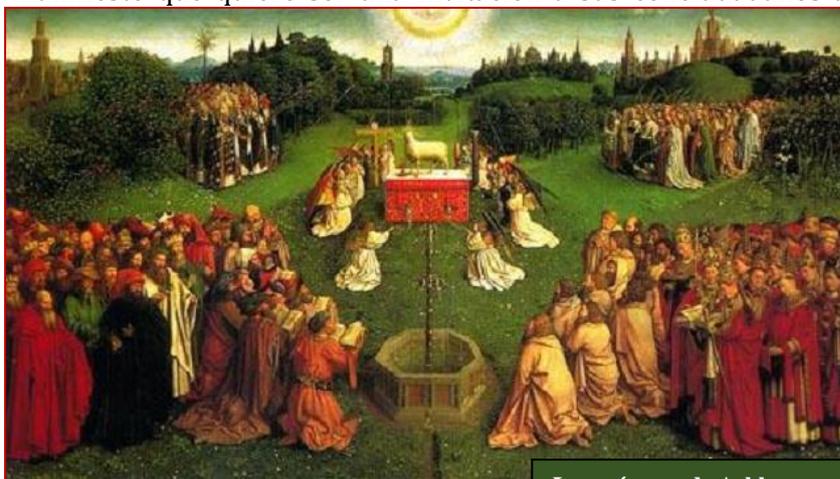
Intelectuales europeos lanzan la declaración de París: «Una Europa en la que podemos creer»

ReL

Reconocidos intelectuales y académicos como los franceses Rémi Brague o Chantal Delsol, el polaco Ryszard Legutko, el inglés Roger Scruton, el alemán Robert Spaemann o el español Dalmacio Negro Pavón han hecho público un manifiesto que quiere ser una invitación a sus conciudadanos a promover la verdadera Europa frente a la ofensiva de utopías progresistas que la están ahogando.

El origen de este manifiesto es un encuentro el pasado mes de mayo en París en el que se expresó la preocupación común por el estado actual de una Europa desilusionada y desorientada por ideologías contrarias a su legado. En vez de limitarse a quejarse, los promotores de esta declaración decidieron que era necesario

hacer un llamamiento público a redescubrir la verdadera Europa.



Los orígenes de Ashkenaz

La represión de lo políticamente correcto

Esta verdadera Europa está amenazada, señalan, por una falsa Europa que padece un insuperable prejuicio contra nuestro pasado. Así, ignora e incluso repudia nuestras raíces cristianas. Otro de los rasgos de esta falsa Europa es la creciente represión de opiniones que se salen del marco, cada vez más estrecho, de lo que definen como políticamente correcto. Y todo esto lo hace, por supuesto, en nombre de la libertad y la tolerancia. Vivimos tiempos, además, en los que al mismo tiempo que escuchamos alardes de una libertad sin precedentes, la vida europea está más y más regulada hasta el último detalle.

Recuperar las raíces cristianas

Frente a esta falsa Europa y su asfixiante presión, los firmantes de la declaración de París reclaman una verdadera Europa que es una comunidad de naciones y que se nutre de un cristianismo que alienta la unidad cultural y de unas raíces clásicas compartidas. Contra los proyectos de algunos tecnócratas, que aspiran a que las naciones se disuelvan en la Unión Europea, la declaración proclama que la Europa real es, y siempre será, una comunidad de naciones.

«La verdadera Europa afirma la igual dignidad de cada individuo, con independencia de su sexo, clase o raza. Esto también se deriva de nuestras raíces cristianas. Nuestras suaves virtudes proceden de una inconfundible herencia cristiana: justicia, compasión, misericordia, perdón, pacificación, caridad», afirma el texto.

La falsa libertad

También señala la extensión de una noción falsa de libertad, que fomenta el individualismo y que provoca la generalización del aislamiento y la falta de sentido. No se trata de fenómenos naturales, sino de las consecuencias de ideologías muy concretas. Como recoge la declaración, «Es nuestro deber proclamar la verdad: la generación del 68 destruyó pero no construyó. Crearon un vacío que ahora se llena con redes sociales, turismo barato y pornografía».

Este retrato de la falsa Europa se completa con la creciente restricción del discurso político, en el que



los líderes políticos que dan voz a las verdades inconvenientes sobre el Islam y la inmigración son arrastrados ante los tribunales, un multiculturalismo que cada vez se muestra más inviable y un materialismo vacío que parece incapaz de motivar a los hombres y mujeres a tener hijos y formar familias.

Frente a este panorama, los firmantes de la declaración de París están convencidos de que la tarea de renovación empieza con la reflexión teológica. La falsa Europa es un sucedáneo de religión y la vida política y social

debe liberarse de sus credos y anatemas. Esto requiere abandonar un lenguaje corrompido que alimenta la manipulación ideológica: «El discurso de la diversidad, la inclusión y el multiculturalismo está vacío», sostienen. Al mismo tiempo, hay que recuperar un intenso debate público libre de toda amenaza de violencia y coerción.

Europa necesita líderes

La verdadera Europa necesita de líderes políticos comprometidos con el bien común de cada uno de sus pueblos, estadistas que consideren nuestra herencia europea común y nuestras tradiciones nacionales particulares como algo tan admirable y valioso que rehúyan ponerlo en peligro por ningún sueño utópico.

También reclaman una profunda reforma de la educación, empezando por unos planes educativos que fomenten la transmisión de nuestra cultura común y eviten el adoctrinamiento de nuestros jóvenes en una cultura del rechazo. Asimismo, expresan su apoyo a «políticas sociales prudentes encaminadas a fomentar y fortalecer el matrimonio, la maternidad y la educación de los hijos. Una sociedad que falla al dar la bienvenida a los niños no tiene futuro».

«El pan y circo no son suficientes»

En relación al fenómeno populista, los firmantes, si bien señalan las limitaciones de «confiar en lemas simplistas y apelaciones emotivas que dividen», reconocen «que mucho de lo que hay en este fenómeno político puede representar una sana rebelión contra la tiranía de la falsa Europa».

Para concluir, la declaración de París señala que «el pan y el circo no son suficientes. La alternativa responsable es la verdadera Europa (...) En este momento, pedimos a todos los europeos que se unan a nosotros en el rechazo de la fantasía utópica de un mundo multicultural sin fronteras».

Estos son los firmantes

Philippe Bénéton (France); Rémi Brague (France); Chantal Delsol (France); Roman Joch (Česko); Láncki András (Magyarország); Ryszard Legutko (Polska); Roger Scruton (United Kingdom); Robert Spaemann (Deutschland); Bart Jan Spruyt (Nederland); Matthias Storme (België)

En España la han firmado:

Dalmacio Negro Pavón; Francisco J. Contreras Peláez; Rafael Sánchez Saus; Juan Bautista Fuentes; Elio A. Gallego García; Jerónimo Molina; Seraffín Fanjul; Francisco Javier García Alonso; Macario Valpuesta Bermúdez; Emili Boronat; Ignacio Ibáñez Ferrándiz; Pedro Fernández Barbadillo; Javier Ruíz Portella; Arnaud Imatz; Álex Rosal; Ángel David Martín Rubio; Enrique García Máiquez; Jorge Soley Climent; Jorge Sánchez de Castro; Carlos Ruiz Miguel

Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: secretaria@fundacionjoseantonio.es.

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

ES23.0019.0050.0140.1010.8382

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.